

AGENDA CIUDADANA

LA CUESTION DEL NACIONALISMO

Lorenzo Meyer

Una Definición Difícil.- El nacionalismo es un producto cultural que nació en Europa alrededor del siglo XVIII, cuando declinaba la vitalidad de la gran comunidad universal cristiana y de la monarquía, y que más tarde se expandió y adaptó bien en el resto del mundo, especialmente entre los componentes de los grandes imperios . Como filosofía, nos dice Benedict Anderson, el nacionalismo es muy pobre e incluso incoherente, pero como fuerza política es terriblemente poderoso. La esencia del nacionalismo es la emergencia y arraigo en la imaginación de sus miembros, de la idea de una comunidad y una solidaridad que es mayor que las simplemente naturales, pero que tiene límites claros –sobre todo, territoriales--, que se sostiene en elementos tanto objetivos como emotivos, y que es soberana, (Imagined Communities, 1991, pp. 6-7).

El nacionalismo es un fenómeno que tiene su inicio en círculos intelectuales, entre las élites, pero que, para tener éxito, debe percolarse hasta llegar a las masas, capturar su imaginación y afincarse bien ahí hasta permitir, a pesar de las enormes diferencias y contradicciones de clase y regionales, hacer pasar por “natural” un propósito y destino comunes, una “fraternidad” que muchos otros indicadores niegan .

Invitación.- En varias declaraciones recientes, el Canciller Jorge Castañeda ha planteado la conveniencia de reexaminar el papel del nacionalismo en nuestra política externa. El tema es importante y las circunstancias ameritan la discusión.

De acuerdo con los planteamientos del Canciller, aquellos miembros de la clase política e intelectuales que insisten en mantener hoy viva una actitud nacionalista cuyo referente inevitable es la historia de nuestra relación con los Estados Unidos, le crean al

México actual más problemas de los que le resuelven. Y el punto de partida y el final de esa afirmación, es simplemente la terca realidad. Al inicio del siglo XXI, Estados Unidos no son solamente la primera potencia mundial sino una hiperpotencia, centro de un imperio global –y aquí ese concepto de imperio se toma en su sentido estricto: un poder efectivamente soberano, que impone su voluntad a otros-- y es con ese poder imperial con quien compartimos una frontera de más de tres mil kilómetros, es con él con quien llevamos a cabo casi el 90% de nuestro intercambio con el exterior –por tanto, es el motor de nuestra economía globalizada--, es dentro de sus fronteras donde se encuentra empleada, de manera documentada o indocumentada, el 20% de la fuerza de trabajo mexicana, que a su vez es la fuente de los 9 mil millones de dólares anuales que comprenden sus remesas a México, es de ese país del norte de donde proceden el grueso de los turistas extranjeros que visitan nuestro país, es en las universidades norteamericanas donde está el grueso de nuestros estudiantes de postgrado en el exterior, etcétera. En suma, que Estados Unidos es la variable externa determinante de nuestro desarrollo y viabilidad pero lo contrario no es cierto, de ahí la preocupación del Canciller con un nacionalismo que pudo ser útil en el pasado pero que hoy resulta disfuncional.

En vista de una realidad tan importante y evidente y que es imposible modificar –la enorme y creciente asimetría en casi todos los campos entre México y su vecino al norte--, el Canciller Castañeda aconseja que, en vez de mantener frente a los Estados Unidos una actitud fincada en un sentimiento nacionalista que se alimenta de mantener vivos rencores y desconfianzas frente a Estados Unidos a pesar de que ya son historia muy pasado –una donde México tuvo que desempeñar sistemáticamente el papel de víctima--, se adopte una actitud madura, constructiva, que vea hacia adelante y supere definitivamente el trauma de

la guerra del 47 o la invasión de Veracruz, justamente como la que Francia decidió adoptar frente a Alemania, su enemigo histórico, en enero de 1963.

Un Ejemplo Interesante pero una Conclusión Ambigua.- Comparar el caso de la relación de la Francia de la segunda postguerra mundial con Alemania con el del México actual con Estados Unidos, puede ser un buen punto de partida para adentrarnos en el problema de nuestro nacionalismo, aunque el punto de llegada es problemático.

En enero de 1963 un general Charles de Gaulle que acababa de poner fin a la guerra colonial en Argelia para luego sufrir un atentado y terminar por ganar un referéndum a favor de una presidencia fuerte, volcó todo su enorme prestigio personal para celebrar un con Alemania un Tratado de Reconciliación. En virtud de ese histórico acuerdo con el canciller Konrad Adenauer, ambos países aceptaron que a partir de entonces se consultarían sistemáticamente en toda materia importante de política exterior, que sus ejércitos compartirían estrategias e información, que aumentarían su intercambio cultural y se pondría fin a “una rivalidad de siglos”. Se echaron entonces los cimientos de una alianza estratégica cuya meta se logró: convertir al acuerdo franco-alemán en el corazón de la unificación económica y política de Europa Occidental, lo que ha traído prosperidad no sólo a los dos antiguos rivales sino a toda la comunidad europea e indirectamente ha sido una contribución a la estabilidad del sistema internacional. Hasta aquí el ejemplo usado por el Canciller es adecuado, pero si el examen sigue, entonces la situación cambia.

Para empezar, Alemania era en 1963 una potencia totalmente vencida apenas dieciocho años atrás. Y la capacidad de esa Alemania perdedora y dividida en dos, no era ya muy diferente de la que tenía una Francia técnicamente del lado del los vencedores pero efectivamente en una situación no muy diferente de la de su antigua rival. Aún hoy en día, cuando Alemania se ha recuperado totalmente y se ha reunificado, el Producto Interno

Bruto (PIB) de los dos países no muestra una diferencia que se asemeje a la que existe entre México y el vecino del norte. Al término del siglo XX, el PIB francés era el equivalente al 67% del de Alemania, es decir, ni siquiera de dos a uno. En contraste, el PIB mexicano representa el 4.6% del norteamericano; se trata de una diferencia de abismal, donde la economía de nuestro “socio” norteamericano equivale a casi ;22 veces la nuestra!.

Dejemos el campo económico y volvamos al político. La contrapartida de la alianza franco-alemana de 1963 fue el veto que el propio De Gaulle acababa de emitir en contra de a la entrada de su antiguo aliado, Gran Bretaña, a la Comunidad Económica Europea. Y la razón de ese rechazo fue la relación especial que los británicos mantenían –y mantienen-- con Estados Unidos. De esta manera resulta que la superación de la histórica rivalidad de Francia con Alemania fue resultado de la aparición de otra rivalidad y temor: la de la Europa continental frente a la potencia del otro lado del Atlántico. Acercarse al gobierno de Bonn y alejarse del de Londres, fue la forma en que el de París intentó aumentar su independencia relativa y la de toda la Europa del Mercado Común, frente a la potencia dominante de Occidente: Estado Unidos. En resumen, la reconciliación franco-alemana de hace casi cuarenta años y que se sugiere como el modelo a seguir, no fue realmente producto de una superación del nacionalismo francés sino de una redefinición y reafirmación del mismo. Ese nacionalismo francés que hoy se define frente a Estados Unidos, se acaba de mostrar en el debate sobre Iraq que tuvo lugar dentro del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Mientras Francia quiere impedir que Washington tome decisiones militares sin tener antes el respaldo de la ONU, Estados Unidos amenaza con hacerlo justamente porque hoy por hoy es el único país realmente soberano, es decir, uno al que nadie puede pedir cuentas de sus actos en tanto que él si se las puede demandar a todos

los demás miembros de la comunidad internacional aunque, desde luego, de manera y en grado diferente.

Replantear el Problema.- En el corazón de todos los nacionalismos esta el problema de la soberanía. El mexicano, que se empezó a formar en el siglo XVIII con el guadalupanismo, adquirió fuerza a lo largo de la terrible guerra de independencia y luego como producto de la guerra con Estados Unidos y la invasión francesa. Los obstáculos que encontraron los grupos que derrocaron al régimen de Porfirio Díaz entre las comunidades extranjeras y sus gobiernos —especialmente en el caso de norteamericanos, ingleses y españoles— reanimaron y reforzaron el espíritu nacionalista. El nuevo régimen, el del PRI, uso con frecuencia ese nacionalismo para ganar una legitimidad que no podía adquirir por otras vías, como la democracia, el respeto a la ley, la promoción de la justicia social y otras similares.

Tras el desastre económico de 1982, el régimen encontró que el nacionalismo ya no proveía la coartada eficaz para justificar su derecho a gobernar. Sin pensarlo mucho, Carlos Salinas y los suyos se propusieron sustituir el nacionalismo por el Tratado de Libre Comercio (TLC) y una asociación estrecha y privilegiada con Estados Unidos. Sin embargo, el TLC no fue suficiente para neutralizar el agravio acumulado ni dio en tiempo el resultado material, económico, que prometió; al final el PRI fue echado del poder.

Hoy, al inicio de un nuevo régimen, se nos sugiere abandonar el nacionalismo como defensa de una soberanía cada vez más difícil de alcanzar frente a unos Estados Unidos que empeñados en formar un imperio global. Pero ¿qué nueva fórmula puede despertar igual o mejor el sentido y deseo de comunidad nacional que el nacionalismo? ¿El crecimiento económico? ¿cuál? ¿La construcción de la justicia social? ¿cuál? ¿La implantación de un auténtico Estado de Derecho? ¿cuál?. En suma, se nos propone ingresar al

postnacionalismo justo cuando y debido a que Estados Unidos esta ingresando al hipernacionalismo, pero ¿cómo, para qué y por qué? Urge una respuesta convincente y que vaya más allá de decirnos que debemos evitar el choque con el vecino del norte.